

GULLIVER EN LILIPUT Y GULLIVER EN BROBDIGNAC



EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA" S.A.
M A D R I D

811
GULLIVER EN LILIPUT
Y
GULLIVER EN BROBDIÑAC

Cuentos de Calleja
en colores
Tercera serie.

1. Cuentos de Perrault.
2. Cuentos de Mme. D'Aulnoy.
3. Fábulas de La Fontaine.
4. La Cabaña de Tom.
5. Gulliver en Liliput y Gulliver en Brobdiñac.

Propiedad • • Derechos reservados
Copyright 1918 by Casa Editorial Calleja

Mi
almuerzo



23.830

GULLIVER EN LILIPUT Y GULLIVER EN BROBDIÑAC

ADAPTACION ESPAÑOLA
PARA NIÑOS

GRABADOS DE K. CLAUSEN

Rep. año 1930



EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA" S.A.

CASA FUNDADA EL AÑO 1876

M A D R I D

BIBLIOTECA
DE MAESTROS

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



SAMUEL Gulliver fué un inglés, hijo de una familia respetable y rica, muy aficionado a los viajes, y cuya vida fué un tejido de sucesos extraordinarios y maravillosos.

Habiendo una vez naufragado, cuando se dirigía hacia las Indias Orientales, pudo salvarse a nado, aportando a la isla de Liliput, cuya situación se ignora hoy. Pero dejemos que él mismo nos narre sus aventuras.

Fué una verdadera casualidad la que me llevó a la isla de Liliput. Una tormenta terrible hizo zozobrar el barco en que yo navegaba. Traté de ponerme en salvo en una canoa, a la cual logré acogerme con unos cuantos marineros; pero la pequeña embarcación zozobró también, y no tuyo otro remedio que pasarme la noche entera nadando.

Cuando iban ya agotándoseme las fuerzas, llegué a un paraje en que podía hacer pie; me adelanté y fui a dar a una playa donde, rendido de cansancio, me dejé caer en la arena y me dormí profundamente, como si estuviera en una mullida cama.

Al despertarme tuve grandísima sorpresa viendo

Cuentos de Calleja

que no podía absolutamente moverme, por estar amarrado de tal manera al suelo, por los brazos y las piernas, que carecía absolutamente de movimiento. Ni siquiera podía mover la cabeza, por tenerla también sujeta al suelo por los cabellos.

Las cuerdas que me sujetaban no eran más gruesas que hilos de los más finos de que labran sus tejidos las arañas; pero eran tantas, que hacían el mismo efecto que gruesísimos cables.

Tal era mi situación, cuando sentí ruido de voces debilísimas, como de cuchicheos en torno mío, y poco después algo como un ratón que se me paseaba por la pierna derecha arriba hasta llegar al pecho.

¡Cuál no sería mi asombro cuando advertí que ese objeto que me andaba por el cuerpo era un hombrecillo, un enano, pero de miembros perfectamente proporcionados, que no tendría más de cinco o seis pulgadas de estatura, armado de arco y flechas!

No tardé en ver otros muchísimos hombrecillos semejantes a ese, que le seguían y obedecían; todos ellos, al parecer, muy atareados en alguna faena. Ocurrióseme entonces toser y estornudar, porque la larga mojadura de la noche me había enfriado, y todos aquellos enanillos se pusieron en precipitada fuga, como poseídos de terror.

En seguida comencé a romper, uno por uno, los hilillos finísimos, pero recios como alambres de acero, que me impedían los movimientos; pero apenas había

Gulliver en Lilliput

dado principio a esa tarea, cuando la banda se arrojó sobre mí y me acribilló a flechazos, que si bien no podían dañarme seriamente, sí molestarme como pinchazos de alfileres.

Al ver la molesta situación en que me hallaba, traté de entenderme con aquella gentecilla; pero, en vano, porque sus palabras, que sonaban muy extrañamente en mis oídos, eran completamente ininteligibles para mí. Desistí de mis intentos de soltarme, y al poco rato oí golpes como de martillo, y advertí que estaban los enanitos levantando un andamiaje a mi lado.

Trabajaron muy de prisa, de modo que pronto tuvieron construido el andamio. A poco subieron a él por escalas cuatro de los hombrecillos, y uno de ellos, que era algo más alto que los otros y que estaba espléndidamente ataviado, y a quien seguía un paje, estuvo dictando órdenes, que debían referirse a mi persona, pero que yo no comprendía absolutamente. También se me arrimó al oído y me dijo algo que sería, sin duda, muy interesante, pero de que me quedé completamente en ayunas. Por su tono y sus ademanes comprendí, sin embargo, que quería hacérseme agradable; y yo, que nada había comido desde la víspera, se lo di a entender llevándome la mano a la boca. Felizmente para mí, comprendió por mis señas lo que quería decirle, y tuve la satisfacción de ver los preparativos que se hacían para aplacarme el hambre.

Apoyaron varias escalas en mi cuerpo por uno y

Cuentos de Calleja

otro lado, y subieron por ella como ciento de aquellos hambrecillos, llevándome manjares de varias clases: sopas, jigotes, trozos de carnero y de vaca; pero todo menudísimo e insuficiente para saciar mi apetito. Los panes eran tan pequeños, que de cada sentada me engullía un puñado de ellos.

Di luego a entender, por señas, que tenía sed. Lo que me dieron para aplacármela, tampoco podía satisfacerme. Yo hubiera querido unos cuantos vasos de vino, pero una botella de las suyas no habría llenado un dedal.

Acabado mi desayuno, seguí sintiendo los pasos de los que andaban sobre mi persona curioseándolo todo. Un hambrecillo, aún más pequeño que los demás, vestido con un traje bordado y galoneado de oro, me presentó un papel y me habló largamente por señas. Comprendí que se trataba de llevarme prisionero a la ciudad principal del país. Protesté, hice un esfuerzo para levantarme, pero todo fué inútil. El hambrecillo hizo, sin embargo, que me untaran con un bálsamo aromático las picaduras que me habían hecho las flechas en la piel. Después me dormí, y al despertar me hallé en camino hacia la ciudad, tendido en un inmenso carro, arrastrado por mil quinientos caballos. Detúvose el convoy para dar descanso a los caballos. Uno de los oficiales de la guardia del rey, que no me había visto aún, se me trepó por encima, seguido de unos cuantos de sus compañeros. Uno de ellos me dió un pinchazo



EN CAMINO HACIA LA CIUDAD

con la espada en las narices, que me dolió bastante. Pero pronto iban a acabar mis padecimientos.

Anduvimos bastante camino el resto del día, y por la noche acampamos. Rodeábanme quinientos guardias: la mitad de ellos con antorchas, y la otra mitad con los arcos, prestos a disparar en cuanto hiciese yo el menor movimiento. Al día siguiente proseguimos nuestra caminata, y hacia mediodía llegamos a las inmediaciones de la ciudad. El rey y toda su Corte salieron para verme; pero los ministros y altos funcionarios no quisieron permitir que Su Majestad arriesgase su preciosa vida subiéndoseme en el cuerpo, como otros se habían atrevido a hacerlo.

El coche se había detenido cerca de un templo antiguo, que era, según fama, el mayor del reino, y se acordó que se me alojase inmediato al gran edificio.

La puerta principal, que daba al Norte, tenía unos cuatro pies de alto y dos de ancho. A los lados de ella se abrían sendas ventanas de unas seis pulgadas de vano. En la de la izquierda fijaron los herreros del rey noventa y una cadenas, como las que usan las señoras en el reloj, y con ellas me sujetaron la pierna izquierda.

Frente por frente de este templo, y separada de él por una distancia de veinte pies, se alzaba una torre de treinta pies de altura por lo menos. En esa torre pensaba situarse el rey, con los principales señores de la Corte, para verme cómodamente. Se calculó en cien

Cuentos de Calleja

mil el número de personas que salieron de la ciudad, movidas por la curiosidad de contemplarme, y no bajarían de seis mil hombres los que, a pesar de los guardias que me custodiaban, se subieron sobre mí, por medio de escalas, y se me pasearon de arriba abajo por todo el cuerpo, hasta que el Consejo de Estado dictó un decreto prohibiéndolo.

No hay idea del ruido que hizo y del asombro que causó a los miles de personas que habían salido de la ciudad a contemplarme, el verme de pie y paseando. Las cadenas que me sujetaban el pie izquierdo tenían unos seis pies de largo, y me permitían andar unos cuantos pasos en redondo.



Capítulo II

QUISO el rey presenciar mi comida, y se situó con sus cortesanos en la torre vecina del templo, desde la cual podía curiosearme a su sabor.

Treinta carros me trajeron los manjares, y diez el vino. Me senté a la mesa y observé cómo el rey y su séquito miraban con asombro todos mis ademanes y se espantaban de mi voracidad.

Cuando el rey se hubo marchado a su palacio, tuve el disgusto de ver llegar a una muchedumbre de gente, que se precipitó sobre mí sin la menor consideración ni miramiento. Hasta hubo uno que me disparó una flecha, que fué a darme en un ojo, y que me hizo bastante daño. Pero, habiéndolo notado el oficial que mandaba la guardia, se apoderó de media docena de aquellos muñecos y me los entregó, para que hiciera lo que se me antojase de ellos. Me guardé cinco en el bolsillo, y me divertí con el que quedaba, primero llevándomelo a la boca, como si fuera a devorarlo, y después sacando el cuchillo y haciendo ademán de degollarlo; acciones que le asustaron terriblemente, haciéndole prorrumpir en agudos chillidos, semejantes a los de una rata. Al fin

Cuentos de Calleja

tuve lástima de él y le solté. Fuí sacando, uno por uno, del bolsillo a los otros que me había guardado, y los traté de la misma manera que al primero, con objeto de meterles miedo y que no volvieran a molestarme, y así pude lograr que me dejaran tranquilo, aunque nunca faltaban algunos, más osados y pertinaces, que seguían acosándome como moscas.

La noticia del hallazgo del Hombre-Montaña, como me llamaban, corrió por todo el reino, y miles de personas de las más apartadas provincias hacían el viaje sólo por verme. El rey y sus ministros y consejeros no sabían qué partido tomar conmigo. Mi sostenimiento gravaba excesivamente el Erario público, y el ponerme en libertad se tenía por peligroso para la seguridad del Estado. Se propuso seriamente matarme por medio de flechas envenenadas; pero el recelo, por una parte, de que me revolviese violentamente, y rompiendo las cadenas que me aprisionaban pudiese hacer un estropicio, cosa que los individuos más sabios y experimentados de la Corte consideraban muy dentro de lo posible, y por otra, dado que consiguieran envenenarme, lo cual no parecía llano, el problema de desembarazarse después de un cuerpo tan enorme como el mío, cuya descomposición habría ocasionado la peste en el país, hizo que se abandonara ese proyecto por inconveniente. Decidióse, pues, que se me mantuviera por cuenta del Estado.

Por el tamaño de mi dedo meñique, comparado con

Gulliver en Liliput

el de un hombre de mediana estatura de los habitantes del país, se calculó aproximadamente mi corpulencia y la cantidad de alimento que podría yo consumir, y en virtud del resultado que de esa cuenta se obtuvo, se dió la orden a los pueblos de las cercanías de enviar diariamente seis bueyes, quince carneros y suficiente cantidad de pan y de vino para mi mesa. Destináronse también seiscientas personas para mi servicio, trescientos sastres para vestirme y seis profesores de la Universidad para enseñarme la lengua del país.

Debo decir, en honor de la verdad, que lejos de ser atrasados e ignorantes los naturales del país, abundaban entre ellos los sabios, muchos de los cuales habrían hecho muy buen papel en las más acreditadas de nuestras Sociedades científicas. Por la longitud de mi sombra, y con ayuda de un instrumento medidor de ángulos muy original, y que yo habría tomado por una herramienta de albañil o de cantero, midieron exactamente mi estatura, sin ponerme siquiera un dedo encima. Hallaron que era de cuarenta y dos pies y cinco pulgadas y media: pies y pulgadas de los suyos, que como relacionados con el tamaño de sus miembros, eran muchísimo más pequeños que los nuestros.

Apliquéme asiduamente a aprender la lengua del país, y no tardé en entenderme en ella lo bastante para enterarme de las cosas de aquella tierra de enanos. Supe que se llamaba Liliput, y sus naturales liliputieneses; que creían allí que no había en todo el Universo

Cuentos de Calleja

más reinos que el suyo y el vecino de Blefuscu. Respecto de mí, creíase que había caído de la Luna o de alguna estrella, porque no se admitía como posible que raza de hombres de tan enorme tamaño pudiera vivir en la Tierra. ¿Cómo — me preguntaban — podrían encontrar tales hombres lo bastante para alimentarse? Y cuando traté de explicarles nuestra manera de vivir, no querían creerme.

Ya entonces me creí más seguro, porque podía hablar con los que me rodeaban. Me decidí a pedir dos cosas al rey: que se me quitasen las cadenas y que se me dejase en libertad. Me mandó, por respuesta, que tendría yo primeramente que jurar fidelidad al reino de Lilibut, si quería que se me desencadenase, y que después de haber observado durante algún tiempo mi comportamiento, se decretaría, quizá, dejarme libre.

Juré lo que se me exigía, y ya sin cadenas me di a mezclarme con la gente y a entretenerme viendo sus juegos. Gustábanele al rey, sobre todo, los ejercicios de la Caballería, y dispuso que se celebrasen todos los días alrededor del Hombre-Montaña. Los soldados se acostumbraron a hacer saltar sus caballos sobre mi mano, que yo ponía con el dorso sobre el suelo, y los monteros del rey se distinguían especialmente en el ejercicio, verdaderamente prodigioso, de subírseme de un salto en el pie.

Buscaba yo una invención que sorprendiese mucho al rey, y que quizá me valiese la libertad, y se me ocu-

Gulliver en Lilliput

rrió esto que voy a decir. Hice que me trajeran unas cuantas estacas, como de dos pies de largo cada una; hiqué cuatro de ellas en el suelo y extendí mi pañuelo, muy bien estirado, y amarrado a ellas por las cuatro puntas, formando como la tela de un bastidor de bordar. Después logré del rey que mandara que un regimiento de Caballería hiciera ejercicios sobre ese bastidor. El espectáculo le entusiasmó. Los escuadrones se movían sobre la tela estirada de mi pañuelo como lo hubieran hecho en un campo de batalla. El mismo rey se puso algunas veces al frente de sus tropas, tomando parte personalmente en los ejercicios, y la reina no dejaba nunca de asistir a ellos como espectadora.

Pero un día, un caballo furioso hizo un agujero en el pañuelo, y cayó al suelo desde una altura de doce pulgadas, con el que lo montaba. Ese desgraciado accidente puso fin a la diversión, porque los liliputienses eran gente tímida. Me guardé mi agujereado pañuelo en el bolsillo, y me esforcé en idear alguna otra cosa para divertir al rey y a su Corte.

Pero se comenzó a desconfiar de mí. Había tal curiosidad por saber lo que se encerraba en mis enormes bolsillos, que el rey de Lilliput se decidió a obligarme a mostrar, a una Comisión especial, todos los objetos desconocidos que guardaba en ellos.

Un día vino el rey a verme completamente solo, y me habló confidencialmente. Me dijo que se vería obligado a dar la orden a algunos de sus oficiales de que

Cuentos de Calleja

me registrasen los bolsillos, porque se temía que pudiera yo llevar sobre mí algunas armas peligrosas para la seguridad de sus Estados.

Le manifesté que ningún inconveniente tenía en que se me registrase, y desde ese momento esperé con impaciencia la llegada de los dos comisarios nombrados por el rey para practicar mi registro. En cuanto se presentaron ante mí, los agarré, y los introduje sucesivamente en todos mis bolsillos.

Llevaban los comisarios libros de notas, plumas y tintero, y practicaron un exacto y minucioso inventario de cuanto vieron en mis bolsillos. Cuando lo hubieron terminado, me rogaron que los pusiera en el suelo, para ir a dar cuenta al rey del resultado de su registro.

Conservo una copia de ese inventario, y como se verá, la descripción del interior de mis bolsillos es de lo más divertido que puede imaginarse.

«Bolsillos de la derecha del gran Hombre-Montaña: Después de un minucioso registro, sólo hemos encontrado un trozo de tela burda, de tamaño suficiente para alfombrar la sala del trono de Vuestra Majestad.

En el bolsillo de la izquierda había una gran arca de plata, con tapa del mismo metal, que nosotros, los comisarios, no pudimos levantar. Rogamos al dicho Hombre-Montaña que la abriera, y habiéndonos introducido dentro de ella, nos hallamos metidos hasta las rodillas en un polvo negruzco, que nos hizo estornudar durante dos horas y siete minutos.

Me enseñan

el idioma



En el bolsillo derecho de la casaca del Hombre-Montaña había un aparato plano erizado de dientes muy largos. Ese objeto es bastante semejante a una estacada como la que rodea al palacio de Vuestra Majestad. En ese mismo bolsillo vimos otro objeto a modo de tubo de metal de grandísimo diámetro, cerrado por sus extremos por una materia dura y transparente. Ese tubo lleva dentro otro que puede entrar y salir de él por resbalamiento, como pudimos verlo cuando el Hombre-Montaña, a ruego nuestro, se lo sacó del bolsillo y lo hizo funcionar en nuestra presencia. No hemos podido acertar la aplicación que pueda tener ese raro instrumento.

En otro bolsillo pequeño del mismo lado había otro tubo o columna hueca de hierro del tamaño de un hombre, unida a una gran pieza de madera más larga que la columna, formando juntas un instrumento cuyo uso tampoco hemos podido averiguar.

En el bolsillo más grande del mismo lado había varios redondeles llanos de metal rojo y blanco de distinto grueso. Algunos de los redondeles blancos eran, al parecer, de plata, y tan grandes y pesados que nos costó gran trabajo moverlos.

En uno de los bolsillos de la izquierda de la casaca encontramos otra columna de hierro semejante o idéntica a la anteriormente descrita.

Nos faltaba que explorar los dos bolsillos de la chupa.

Cuentos de Calleja

Del de la derecha pendía una gran cadena de plata sujeta a una máquina extraña y maravillosa encerrada dentro del bolsillo. Rogamos al Hombre-Montaña que nos enseñara todo lo que estaba unido a esa cadena. Nos mostró un objeto que parecía ser un globo: la mitad de él de plata y la otra mitad de una materia transparente. En el lado transparente observamos ciertas figuras extrañas pintadas en un círculo. Quisimos tocarlas, pero nos lo impidió la misma materia transparente, la cual se interponía entre las dichas figuras y nuestros dedos.

Acercamos los oídos a esa máquina y advertimos que salía de ella un ruido continuo semejante a un molino de viento. Hemos pensado que esa máquina encierra un animal desconocido, o quizá la divinidad que el Hombre-Montaña adora. Este último supuesto nos parece el más probable, porque nos ha asegurado él mismo que nunca hacía nada sin consultarlo con la máquina; la llama su oráculo, y dice que indica el tiempo en que debe efectuarse cada acto de la vida.

Del bolsillo izquierdo de la chupa sacó una red de tamaño suficiente para la pesca de altura, la cual se abre y se cierra. Dentro de ella había varios redondeles macizos de un metal amarillo semejante al oro. Si son esos redondeles de oro legítimo, tienen valor inapreciable.

Después de haber registrado, obedeciendo las órdenes de Vuestra Majestad, todos los bolsillos del Hom-

bre-Montaña, observamos que llevaba ceñida la cintura por una correa hecha de la piel de algún animal de prodigioso tamaño, de la cual pendía en el lado izquierdo una espada de tanta longitud como seis estaturas de hombre, y en el derecho una bolsa o saco dividido en dos compartimientos, en cada uno de los cuales caben cómodamente tres súbditos de Vuestra Majestad.

En una de las dichas dos divisiones de esa bolsa había varios globos o pelotas del tamaño de la cabeza de un hombre, y de un metal tan pesado que nos costó muchísimo trabajo moverlas; la otra división estaba llena de unos granos negros, pequeños y de poco peso, pues podíamos sostener cincuenta en la palma de la mano.

Tal es el inventario exacto de todos los objetos que lleva en los bolsillos el Hombre-Montaña. Éste nos ha acogido muy amablemente y nos ha guardado todas las consideraciones debidas a enviados de Vuestra Majestad.

Firmado y sellado, el tercer día de la luna ochenta y nueve del feliz reinado de Vuestra Majestad.

FLESEN FRELOT. — MARSÍ FRELOT.»

Cuando se hubo dado lectura a este inventario en presencia del rey, me ordenó éste en términos corteses que le entregara todos los objetos citados. Me pidió primero la espada. Había dispuesto que tres mil hombres de sus mejores tropas estuviesen en torno nuestro

Cuentos de Calleja

con los arcos preparados para disparar; pero yo por lo pronto no advertí nada, porque tenía toda mi atención puesta en el rey.

Le di la espada; pero como no pudiera sacarla de la vaina, me rogó que lo hiciera yo mismo. Estaba algo tomada por el agua del mar, pero conservaba aún bastante brillo. Al desenvainarla, todas las tropas prorrumpieron en estrepitosos gritos de terror. Me mandó el rey que la envainara de nuevo y que la pusiera en el suelo con la mayor suavidad posible.

Después quiso ver una de las columnas de hierro (que así llamaba a mis pistolas de bolsillo). Enseñéle una de ellas después de explicarle la manera de usarla. La cargué con pólvora sola, le advertí del estampido que iba a dar al dispararla para que no le pillara de susto, y la disparé al aire. El espanto que produjo fué aún mayor que el que la vista de mi espada desnuda había causado. Todos se desplomaron en tierra como heridos del rayo, y hasta el rey, que era valerosísimo, tardó un buen rato en reponerse del susto. Entregué al rey las dos pistolas, y junto con ellas mi bolsa de pólvora y de balas, advirtiéndole que no permitiera que se acercase fuego de ninguna manera a la pólvora, si quería evitar que el palacio saltase hecho pedazos por el aire.

Le entregué también mi reloj, que examinó curiosamente, mandando que dos de sus guardias más robustos lo cargasen, suspendiéndolo de un gran bastón.

Gulliver en Lilliput

Causóle gran asombro el ruido continuo de la máquina y el movimiento de la aguja de los minutos.

En seguida le entregué mi anteojó de campaña, las monedas de plata y cobre que llevaba, la bolsa con nueve grandes piezas de oro y algunas más pequeñas, la caja de rapé, el peine y el pañuelo. El sable, las pistolas de bolsillo y la bolsa de municiones fueron depositados en el arsenal de Su Majestad, y todo lo demás fué llevado a mi alojamiento, que era el gran templo antiguo extramuros de la ciudad, único edificio que se había hallado de tamaño suficiente para contener mi persona.



DURANTE todo este tiempo había andado yo sin nada en la cabeza, por haber perdido el sombrero en el naufragio.

Esto me contrariaba mucho, porque tenía que ir siempre con la cabeza al aire, lo cual en tierra tan ardiente como la de Liliput, que está situada en lo más cálido de la zona tórrida, era muy ocasionado a insolaciones y tabardillos; pero mi buena suerte vino en mi ayuda.

Un día se participó al rey que acababa de verse en la playa un objeto extraño, negro, de la altura de un hombre. Añadíase que ese objeto no era un animal, porque varias personas no lo habían perdido de vista en toda la noche, y a la mañana siguiente se habían acercado a él con las debidas precauciones, subídosele encima y asegurádose de que era una cosa inanimada y completamente hueca, la cual, en caso de necesidad, habría podido servir de embarcación.

Después de largas y maduras deliberaciones se cayó en la cuenta de que ese objeto tan extraordinario y de tan dudoso uso debía de pertenecer al Hombre-Mon-

Gulliver en Lilliput

taña, y el rey dispuso que fuese transportado a la ciudad. Alegréme de encontrarme con mi sombrero, aunque algo estropeado. Quedáronse admirados los liliputienses al verme encapillármelo en la cabeza; pues ellos no usaban otro tocado que el encrespado estope-rón de que la Naturaleza, con mano pródiga, los había dotado, y que era muy bastante, y aun sobrante, para defenderlos de los soles y de las lluvias. Los trescientos sastres que trabajaban para vestirme me habían hecho entretanto varios trajes completamente nuevos, trabajando de la manera más extraordinaria que cabe imaginarse. Habíaseles concedido para efectuar su trabajo una vastísima pradera situada fuera de la ciudad, la cual había sido cubierta con un techo de ramaje sostenido por todo un bosque de pilares de madera. Allí practicaron su ardua labor, más como agrimensores que como sastres.

Pedí al rey permiso para visitar la ciudad, que se llamaba Mildendo; pero el rey vaciló mucho antes de concederme lo que solicitaba. Consultó el caso con sus ministros, y de acuerdo con ellos, me participó que sólo sometiéndome a las condiciones que por escrito se me propondrían, se me daría licencia para andar por donde quisiera. Esas condiciones eran bastante singulares. Helas aquí:

- «1.^a El Hombre-Montaña no saldrá del reino de Lilliput sin un pasaporte sellado con el gran sello del rey.
- 2.^a No entrará en nuestra capital sin una orden ex-

Cuentos de Calleja

presa, para que pueda advertirse a los vecinos con dos horas de anticipación, con objeto de que no salgan de sus casas.

3.^a El Hombre-Montaña no saldrá en sus paseos de los principales caminos reales, y tendrá cuidado de no andar por los prados ni tierras de labor, ni de tenderse en ellos.

4.^a Cuando ande por los dichos caminos, pondrá gran cuidado de no despachurrar con los pies a ninguno de nuestros fieles súbditos, ni sus caballos y vehículos. Tampoco agarrará a ninguno de nuestros dichos súbditos sin su expreso consentimiento.

5.^a Si algún correo de gabinete tiene que prestar un servicio extraordinario, el Hombre-Montaña tendrá la obligación de llevar en el bolsillo al dicho correo por espacio de seis jornadas durante cada luna, y de poner sano y salvo al dicho correo en nuestra real presencia.

6.^a Será nuestro aliado contra nuestros enemigos del reino de Blefuscu, y hará cuanto pueda por destruir la flota de guerra que allí se está armando con el propósito de invadir nuestro territorio.

7.^a El dicho Hombre-Montaña prestará su ayuda a nuestros obreros, ayudándoles a levantar ciertas piedras muy grandes y pesadas en las obras que se están efectuando en las murallas de nuestro parque y de nuestros edificios reales.

8.^a Después de haber prestado juramento solemne de cumplir las condiciones expresadas, el dicho Hom-

Gulliver en Lilliput

bre-Montaña recibirá una provisión diaria de carne y de vino suficiente para la alimentacion de mil ochocientos setenta y cuatro de nuestros súbditos, acceso libre a nuestra real presencia y otras muestras de nuestro aprecio.

Dado en nuestro palacio de Belsaborac, el duodécimo día de la nonagésimaprimera luna de nuestro reinado.»

Presté el juramento que se me pedía y firmé con gran gusto todas las susodichas condiciones. El rey me hizo la honra de asistir en persona a la ceremonia con que se solemnizó mi libertad.

Pregunté un día a un cortesano, que era amigo particular mío, cómo había podido sujetarse a medida mi apetito y averiguarse la cantidad de alimento que debía dárseme. Me contestó que los matemáticos de Su Majestad habían medido mi estatura por medio de un cuadrante de círculo y calculado mi volumen, y que habiendo hallado que era mil ochocientas setenta y cuatro veces mayor que el suyo, supusieron que debía de comer otro tanto número de veces más que ellos. Por este hecho puede juzgarse del admirable ingenio del pueblo liliputiense.

Excusado creo decir que el instrumento empleado por los matemáticos de su majestad, y que llamaban sus cortesanos cuadrante de círculo, era el mismo de que hablé poco antes y que me había parecido herramienta de albañil o cantero.

Cuentos de Calleja

Ya he dicho que había pedido permiso al rey para visitar la ciudad de Mildendo, capital del reino, y que como consecuencia de ese ruego me fué concedida la libertad, sujetándome a las condiciones que se me impusieron y que acabo de mencionar. Esa visita a la ciudad fué el primer acto que realicé cuando me vi libre.

Recomendóseme el mayor cuidado para que no hiciera daño en las personas ni en los edificios, y se advirtió al pueblo mi visita por medio de un pregón, que recorrió todas las calles acompañado de una numerosa banda de tambores y trompetas.

Atravesé la muralla de una zancada, pues por la puerta no me era posible, y anduve por las calles principales, levantándome los faldones de la casaca y pisando con grandísimo cuidado para no tropezar con nada ni estropear a ningún vecino. Observé que todas las ventanas, y hasta los tejados, estaban llenos de curiosos.

Redresal, secretario general del rey, fué un día a visitarme y me dió algunas noticias sobre la política exterior e interior del reino. Había una guerra terrible entre los blefuscanos y los liliputienses por el motivo siguiente:

Era costumbre secular en Liliput romper los huevos pasados por agua por su extremo más grueso; pero habiendo ocurrido al abuelo del rey actual, cuando era joven, cortarse un dedo al romper un huevo por el ex-

Gulliver en Liliput

tremo grueso, decretó su padre que en adelante se les rompiese por el extremo agudo. Esta disposición disgustó a muchos liliputienses y dió lugar a que estallaran nada menos de seis revoluciones en los tiempos siguientes, a consecuencia de las cuales millares de ellos perdieron la vida en los cadalsos, y otros muchísimos, en no menor número, se expatriaron y buscaron refugio en Blefuscu, antes que someterse a la mudanza en el sistema de romper los huevos pasados por agua que el rey quería imponerles.

En la corte de Blefuscu fueron bien acogidos los emigrados liliputienses; y el rey se apoyó en ellos para intervenir en los negocios de Liliput. He ahí el motivo de que se dirigiera a mí el secretario de Estado. Pedíame, en nombre del rey, que destruyera la flota que se estaba armando en Blefuscu, y me ofreció todo lo que pudiera necesitar para realizar esa empresa.

Al momento puse manos a la obra. Trasladéme a un paraje conveniente de la isla de Liliput para observar la de Blefuscu, que sólo estaba separada de ella por un angosto brazo de mar, que podía por muchos parajes vadearse hasta en la marea alta. Con ayuda de mi antejo de campaña examiné la flota enemiga. Se componía de cincuenta navíos de guerra y de muchos barcos de transporte; pero como reinaba grandísima calma estaban imposibilitados por entonces para hacer la travesía.

Decidí obrar sin demora. Habíaseme entregado, a

Cuentos de Calleja

petición mía, unas cuantas brazas de un cable grueso y fuerte y muchas barras de hierro. El cable sería del grueso de un cordel de los nuestros, y las barras como nuestros alfileres. Tripliqué el grueso de las cuerdas, haciendo una de cada tres, y el de las barras, reuniéndolas en haces. Doblé el extremo de cada haz en forma de gancho. Me proveí así de cincuenta cables y de otros tantos ganchos que sujeté a las extremidades de los cables.

Con esos instrumentos en la mano vadeé el canal que separaba las dos islas y me dirigí al fondeadero, donde estaba la flota blefuscana. Al advertir los tripulantes mi presencia, se sintieron acometidos de pánico, y saltando por las bordas se arrojaron al agua y ganaron la ribera nadando desesperadamente. Yo, entretanto, enganché por la proa todos los navíos y me llevé a remolque la flota entera de Blefuscu entre los alaridos y maldiciones de los blefuscanos, que contemplaban aquel extraordinario espectáculo desde las riberas de su isla, y de los liliputienses partidarios de romper los huevos pasados por agua por el extremo grueso, que vivían desde años atrás entre ellos, que veían desmoronarse de un golpe las ilusiones que habían concebido.

Así trasladé toda la flota blefuscana a la isla de Lili-put, donde el rey y su corte, que me estaban esperando en el muelle, me hicieron una recepción magnífica. El rey me nombró *nordac*, que es el honor más grande que puede hacerse allí a nadie, y que me daba el pre-

Gulliver en Lilliput

cioso derecho de asistir en zapatillas a las grandes solemnidades de la corte.

No tardaron en llegar embajadores blefuscanos a Lilliput en demanda de paz. El rey de Lilliput les hizo firmar un tratado ventajosísimo para él, y los embajadores blefuscanos se volvieron a su isla; pero antes de partir pidieron como favor especial al rey de Lilliput que permitiera que el Hombre-Montaña hiciera una visita a su isla, lo cual concedió el rey de muy mala gana. Antes me habían sido presentados, y yo les di algunos ejemplos de mis fuerzas, que los dejaron atónitos.

Enterado yo de que el rey había consentido en que hiciese una visita a la isla de Blefuscu, comencé a hacer los preparativos para el viaje. Iba ya cansándome de aquella vida que llevaba entre muñecos.



Capítulo IV

COMENCÉ a ser motivo de grandísimas y muy graves preocupaciones para el rey y la reina de Liliput y para sus consejeros y ministros. Sabían mi intención de hacer una visita al rey de Blefuscu, y el proyecto no era, sin duda, de su agrado, por las consecuencias que de tal hecho pudieran derivarse a la corta o a la larga para la política liliputiense y para la paz y tranquilidad del reino.

Habían construído en Liliput una mesa y una silla para mi uso, y muchos espectadores se me subían a la mesa por medio de escalas para presenciar mis comidas. Mis servidores subían a la mesa los alimentos con grúas, cuerdas y garruchas.

Un día vinieron el rey y la reina a verme comer. Dispusiéronse sendos tronos para ellos sobre mi mesa, y estuvieron contemplando con admiración los bueyes y carneros y las bandadas enteras de gansos, gallinas y pavos que iba yo engullendo.

Comí más de lo ordinario ese día, para asustar a los cortesanos y a los guardias que acompañaban a Sus Majestades. Supe que después de la comida el tesorero

Flinnap estuvo comentando ante el rey el enorme gasto que mis comidas representaban para el Erario público.

En el enorme dispendio que mi sostenimiento ocasionaba fundaba ese ministro principalmente sus quejas; pero, por lo que pude averiguar andando el tiempo, había mucho de envidia en la guerra sorda que él y otros solapadamente me hacían. El título de *nordac*, con los codiciados privilegios a él anexos, entre los cuales tenía importantísimo lugar el ya dicho de presentarme en zapatillas en las grandes fiestas y solemnidades de la corte, era de los que más excitaban el espíritu hostil que reinaba en contra mía.

Ignoraba yo que Flimnap fuera mi enemigo; pero al día siguiente al de la copiosa comida en presencia de Sus Majestades, a que acabo de hacer referencia, vino a visitarme un cortesano amigo mío, el cual manifestó su deseo de hablarme a solas. Púsele una silla sobre mi mesa y me preparé a oírle atentamente. Me habló en voz tan baja, que tuve que aplicarme al oído las manos en forma de embudo para poder hacerme cargo de sus razones.

Después de un largo preámbulo, que versó principalmente sobre la cuestión magna de la rotura de los huevos pasados por agua por el extremo grueso o agudo, que tan divididas tenía las opiniones de los naturales del reino, y en que me pareció adivinar una secreta inclinación de mi interlocutor en favor del primer

Cuentos de Calleja

partido, que, como ya he dicho, era el tradicionalista, me dijo que el Consejo del rey había tenido recientemente varias sesiones secretas para tratar sobre mí, y que se me había acusado de varios crímenes, y señaladamente del de traición. El cortesano me enseñó la lista de las acusaciones que se me hacían. Una de ellas era la de no haber ayudado al rey a destruir por completo a los blefuscanos y no haber consentido en que se condenase a muerte no sólo a todos los emigrados liliputienses del partido de romper los huevos por el extremo grueso, sino a los blefuscanos que los protegían.

Se me hacían cargos también por las excesivas simpatías que había demostrado por los embajadores de Blefuscu, y se insistía particularmente en mi proyecto de viaje sin contar con el permiso expreso del rey, suponiéndoseme el propósito de ayudar a los blefuscanos contra los liliputienses.

Díjome también mi amigo el cortesano que todos los ministros del rey querían no sólo mi muerte, sino dár-mela cruel y dolorosísima, sacándome primero los ojos y asaeteándome después.

Así que me hubo descubierto esos secretos, el cortesano mi amigo se marchó, dejándome entregado a profundísimas reflexiones. ¿Qué hacer en tal situación? Lo que primero se me ocurrió fué destruir aquella minúscula ciudad, lo cual hubiera podido hacer sencillísimamente a puntapiés, pisotones y taconazos, como se

destruye un hormiguero; pero la seguridad de que procediendo de esa manera pagarían muchos justos por pecadores, me hizo desistir de tal propósito.

Decidí, pues, partir cuanto antes. Escribí una carta al secretario de Estado, manifestándole que teniendo ya permiso del rey, iba a ponerme inmediatamente en camino para Blefuscu, y sin esperar que me contestase, me dirigí hacia el paraje de la costa en que estaba fondeada la flota.

Llegado allí, me apoderé de un navío de guerra de gran porte; le amarré a la proa un cordel, que teniendo en cuenta las proporciones de las cosas, era allí un gruesísimo cable; me desnudé; deposité mi ropa en el navío, y me lo llevé a remolque, vadeando el canal de mar, hasta el puerto real de Blefuscu, donde hacía ya días que se me esperaba.

Diéronme allí dos guías para que me condujeran a la capital de la isla, que se llama por el mismo nombre de ella, los cuales me acompañaron hasta muy cerca de sus mismas puertas. Los mandé con un aviso a uno de los secretarios de Estado, participándole mi llegada y poniéndome a la disposición de su majestad. Una hora después recibí contestación a mi carta, diciéndome que el rey con toda su corte saldría a recibirme.

Acerquéme algo más a la ciudad, y pronto descubrí una larga fila de gente que se adelantaba a mi encuentro. A la cabeza iba el rey, el cual se apeó del caballo,

Cuentos de Calleja

imitándole su comitiva. Detrás seguían la reina y sus damas, las cuales se bajaron de sus carrozas, sin dar las menores muestras de miedo.

Me tendí en el suelo para besar las manos del rey y de la reina. Dije al rey que había venido, cumpliendo mi promesa, y con autorización del rey de Liliput, mi señor, a tener el honor de saludar a tan poderoso príncipe y ofrecerle cuantos servicios dependieran de mí, y que no fueran contrarios a la fidelidad que debía a mi soberano el rey de Liliput.

Me callé, como es natural, mi desgracia con el rey de Liliput y la manera irregular que había tenido de abandonar su isla. Más adelante supe, por uno de los liliputienses del partido de romper los huevos por el extremo grueso, refugiados en Blefuscu, que si no me hubiera apresurado tanto en salir de Liliput, lo habría pasado muy mal, porque el rey tenía pensado sorprenderme durante mi sueño y privarme de la vista, asae-teándome las pupilas, para lo cual tenía ya preparados doscientos vigorosísimos arqueros, que dispararían contra ellas después que una cuadrilla numerosa de cirujanos las hubiesen descubierto levantándome los párpados, lo cual creía posible ejecutar sin despertarme.

Recibíóseme con las mayores atenciones en Blefuscu, como ya he dicho; pero no se había contado con mi tamaño, y no había allí edificio alguno bastante grande para albergarme.

Gulliver en Lilliput

Felizmente duró poco esa incomodidad, porque a los pocos días de mi llegada a Blefuscu, y estando paseándome por la playa, descubrí en el mar una chalupa con la quilla al aire, procedente sin duda de algún barco de guerra. Pensé entonces seriamente en aprovecharme de ella, para embarcarme y alejarme para siempre de aquellos lugares.

Pero comprendiendo cuán imposible me era hacer yo solo los preparativos de tan largo viaje, decidí hablar al rey sobre mi proyecto. Pero no habiéndome parecido prudente comunicárselo de una vez por entero, comencé por darle parte de mi hallazgo, añadiendo que quería apropiarme aquella chalupa para utilizarla como abrigo contra el mal tiempo, porque la vida a la intemperie me era insoportable. Le rogué, pues, que me prestase veinte de los navíos mejores y más grandes que le habían quedado después de la pérdida de su flota, tres mil marineros bajo las órdenes del vicealmirante y dos mil obreros del arsenal real, para que me ayudaran a trasladar la chalupa desde el lugar donde se hallaba hasta el puerto; petición a que accedió su majestad graciosamente.

Dióse la flota a la vela, y fué costeando la ribera hasta llegar al paraje donde estaba la chalupa. Yo fui por tierra por el camino más corto, y cuando llegué allí me eché al agua y me dirigí a nado a la chalupa, que la marea había acercado aún más a la playa. Con ayuda de la flota, y sobre todo con mis propias fuerzas, pude

Cuentos de Calleja

empujar la chalupa hasta tierra, donde, con el concurso de los dos mil obreros del arsenal y de los marineros de la flota, conseguí darle la vuelta, poniéndola con la quilla hacia abajo, después de colosales esfuerzos, en que se agotaron todos los recursos mecánicos de que disponían los blefuscanos. Examiné detenidamente la embarcación, y vi que estaba en bastante buen estado.

Diez días necesité para trasladarla a remolque, costeando la isla, hasta el arsenal real de Blefuscu. Miles de habitantes de las costas vecinas habían acudido a contemplar al Hombre-Montaña y al Barco-Montaña. El rey estaba atónito a la vista de aquel barco prodigioso, y quiso verle por dentro. Entonces le confesé que mi intención no se limitaba a utilizarlo como albergue, sino como medio de transporte para volverme a mi país, y le supliqué que me diera su ayuda para ponerlo en estado de servicio.

Su Majestad, después de algunas objeciones, porque la posesión de aquel barquichuelo representaba para aquella gente la de un inapreciable tesoro, comprendió al fin por mis razones lo imposible que era para ellos sacar de él ningún partido, y me concedió lo que le pedía.

Sorprendíame que el rey de Liliput no hubiese hecho nada por apresarme; pero después supe que Su Majestad, por completo ignorante de que hubiesen llegado a mi conocimiento sus designios, contaba con que volvería a su reino después de mi visita a Blefuscu, adonde

Gulliver en Lili put

sólo había ido yo a cumplir la promesa que había hecho a los embajadores.

Pero mi larga ausencia acabó por despertar sus sospechas, y después de consultar el caso con sus ministros y consejeros, envió a Blefuscu un personaje de alta categoría con copia de las acusaciones que sobre mí pesaban. El enviado tenía instrucciones para persuadir de parte del rey de Lili put al de Blefuscu de la gran dulzura con que me trataba al condenarme solamente a perder los ojos; añadía que yo había eludido con mi fuga la acción de la Justicia, y que si no volvía a Lili put en el término de tres días, se me privaría del título de *nordac* y se me condenaría como culpable del crimen de alta traición. Dijo, por último, el enviado, que para conservar la paz y la amistad entre los dos reinos, esperaba su señor que el rey de Blefuscu dispondría que se me llevase a Lili put atado de pies y manos, para ser allí castigado por traidor.

Aunque el rey de Blefuscu sólo tenía tres días para contestar a ese mensaje, hízolo en términos tan sensatos como prudentes. A lo de mandarme atado, contestó que el rey de Lili put sabía muy bien que eso era imposible.

Dijo que por más que debiera estar resentido conmigo, por haberle yo privado de su flota, tenía que agradecerme mis buenos oficios en el tratado de paz ajustado entre los dos reinos. Añadió que, aparte de todo esto, pronto se verían los dos libres de mí, porque

Cuentos de Calleja

yo había encontrado en la playa un navío enorme, bastante para contener mi persona, el cual estaba arreglándose con mi concurso y conforme a mis instrucciones, siendo de esperar que en pocas semanas se librarían los dos reinos de tan pesada carga como yo era; razón ésta que consideró el rey de Blefuscu como muy eficaz y poderosa para convencer al de Liliput y desarmarle de su enojo.

Con esta respuesta se volvió a su país el embajador de Liliput, y el rey de Blefuscu me refirió todo lo que había pasado. Al mismo tiempo me ofreció secretamente su graciosa protección si quería yo quedarme a su servicio; pero yo le repliqué humildemente que me dejara marchar, diciéndole que pues la fortuna me había proporcionado un barco en que poder hacerlo, quería aprovecharla encomendándome a las olas.

No se opuso el rey a mis deseos, y hasta creo que se alegró en el fondo de su alma de mi partida, porque aparte de los inconvenientes que allí, lo mismo que en Liliput, ocasionaba mi persona desde el punto de vista económico, mi presencia allí con mi chalupa inquietaba en gran manera a aquel pueblo minúsculo.

Quienes verdaderamente deploraban de todo corazón mi partida, y me lo manifestaron en varias ocasiones de muy diversas e inequívocas maneras, y especialmente por boca de uno de ellos que se me había hecho muy amigo durante mi permanencia en Blefuscu, fueron los emigrados liliputienses del partido de rom-

Gulliver en Lilliput

per los huevos pasados por agua por el extremo grueso, los cuales tenían puestas en mí sus más risueñas esperanzas.

Éstos, cuando supieron mi decisión de marcharme definitivamente a mi patria, intentaron por todos los medios, hasta por el soborno, disuadirme de mi propósito; pero todo fué en vano, porque sentía irresistibles deseos de verme entre hombres como yo.

Resolví, pues, marcharme sin demora. La gente del reino me ayudó en los trabajos que hube de hacer para el viaje. Quinientos obreros del arsenal se emplearon en fabricarme dos velas para mi navío. Necesitaron nada menos que dos mil velas de las suyas, cosidas unas con otras y dobladas veinte veces sobre sí mismas, para darles el tamaño y el grueso necesarios. Yo mismo hice los cables, juntando y torciendo trescientos o cuatrocientos de los más gruesos que tenían. Una piedra voluminosa me sirvió de ancla. Engrasé mi chalupa con el sebo de trescientos bueyes. Logré con gran trabajo y habilidad, haciendo juntar y empalmar los troncos de los árboles más grandes que fué posible encontrar, construir los remos y los palos del barco, ayudado en esta labor, lo mismo que en todas las demás, por los obreros del arsenal del rey.

Cuando todo estuvo listo, fuí a despedirme de Su Majestad. El rey, con todo el personal palatino, salió al muelle. Yo me tendí en el suelo para poder besarle la mano. Regalóme su majestad cincuenta bolsas con

Cuentos de Calleja

doscientas monedas cada una, y también un retrato suyo de cuerpo entero, el cual guardé en uno de mis guantes. Las monedas tenían el tamaño de perdigones de los más menudos, y el retrato sólo podía distinguirse por medio de un vidrio de aumento de considerable potencia.

Cargué cien bueyes y trescientos carneros en la chalupa, con pan y vino en cantidad proporcionada, y una buena provisión de carne cocida que cuatrocientos cocineros se encargaron de prepararme. Embarqué también seis vacas y dos toros vivos y otros tantos carneros y ovejas, como ejemplares curiosos de la fauna del país. Hubiera querido llevarme también seis hombres y mujeres, pero el rey no quiso permitírmelo. Hubiera podido pasarme sin su permiso echándome en el bolsillo un puñado de blefuscanos de los muchísimos que acudieron al muelle a presenciar mi partida, pero no quise incurrir en tal abuso de fuerza.

Me di a la vela, contentísimo con la idea de volver a mi país. Hacia las seis de la tarde descubrí una pequeña isla, que por las trazas estaba desierta. Eché el ancla cerca de la costa, y después de cenar copiosamente me dormí con una tranquilidad de que hacía unos cuantos meses no disfrutaba.

Al día siguiente me hice de nuevo a la vela y no cesé de explorar el horizonte con mi antejo, esperando que vería algún barco por aquellas cercanías. Y, en efecto, descubrí uno que se dirigía hacia mí. El capitán, que

Gulliver en Lilliput

estaba en la cubierta, me dió voces desde lejos con la bocina y me mandó acercarme y subir a bordo. Acostumbrado, desde hacía tanto tiempo, a no ver a mi alrededor sino liliputienses y blefuscanos, me pareció verme rodeado de gigantes al poner el pie en la cubierta. Al momento comprendí que el barco era inglés, y por sus tripulantes supe que venía del Japón. El capitán me trató muy bien, y me instó a que le refiriera mis aventuras.

Se las conté, en pocas palabras, pero no quiso creerme. Supuso que los peligros que debía yo de haber pasado me habían trastornado por completo la cabeza. Para confirmar mis palabras, saqué del bolsillo las vacas y los carneros que me había guardado antes de salir de la chalupa, para embarcarme en la nave, los cuales examinó el capitán a través de una poderosa lente.

El capitán, como es natural, quedó asombrado. Le enseñé también las monedas de oro que me había regalado el rey de Blefuscu y el retrato de Su Majestad, que llevaba metido en un guante. Di al capitán dos bolsas con doscientas monedas cada una, y le rogué que acelerase lo más posible la marcha del barco.

A los tres meses de navegación llegamos felizmente a Inglaterra, y pude trasladarme a mi casa.

Durante el viaje cuidé asiduamente mis rebaños liliputienses. Sólo perdí un carnero, que se comieron las ratas del barco.

Cuentos de Calleja

Durante el corto tiempo que estuve en Inglaterra, hice un buen negocio exponiendo mis animales en las ferias y en los mercados, y antes de volver a embarcarme, se los regalé al Jardín de Aclimatación.

Dos meses después dejé de nuevo a mi mujer y a mi familia, porque la pasión por viajar y la sed de aventuras me impedían hacer una vida sedentaria, y me embarqué en Liverpool, en una nave mercante que se llamaba *La Aventura*.



HALLÁBAME, después de mi vuelta del viaje a las islas de Liliput y de Blefuscu, que ya he referido, tan contento en mi casa, rodeado de mi familia, y acompañado frecuentemente por mis amigos, que llegué a imaginarme que permanecería por tiempo ilimitado en Inglaterra. Pero mis paseos por los muelles y el espectáculo de los barcos que entraban y salían del puerto, fueron poco a poco despertando en mí la afición que siempre tuve a viajar y a ver mundo.

Despreciando los consejos de mi mujer y de mis amigos, me embarqué de nuevo en *La Aventura*, pequeña nave que iba a salir para Surate, en las Indias orientales. El capitán era hombre serio y muy perito en el oficio; pero tuvimos temporales espantosos y perdimos completamente el rumbo.

Nos pasamos larguísimo tiempo, quizás varios meses, sin saber en qué lugar del Globo nos hallábamos, y sin descubrir señales de tierra por ninguna parte. Iba ya el capitán perdiendo la paciencia, cuando un día divisamos en el horizonte las costas de una isla.

Dirigióse hacia allí el barco, y cuando hubo llegado

Cuentos de Calleja

cerca de la costa, hizo el capitán echar el ancla y mandó una canoa a tierra, tripulada por doce hombres, con objeto de hacer provisión de agua dulce, de que estábamos ya escasos.

Pedí permiso al capitán para acompañar a los marineros de la canoa, tanto por satisfacer mi deseo de estirar las piernas, que tenía entumecidas después de tan larga navegación, como porque sentía curiosidad por ver de cerca aquella tierra desconocida. El capitán nos encargó que estuviéramos de vuelta antes de la puesta del sol. Ni a él ni a mí nos pasaba por las mientes, ni en sueños, que era aquélla la última vez que nos veíamos.

Desembarcamos en cuanto llegó la canoa a tierra. Los marineros comenzaron por llenar de agua las pipas, y después se entretuvieron paseando por la playa. Yo, al poco rato, me separé de ellos y me interné poco a poco en la isla.

Cansado del paseo, que fué excesivamente largo, traté de volver a la costa en busca de la canoa; pero llegué tarde, pues sus tripulantes, cansados sin duda de esperarme, habían vuelto al barco, que pude descubrir todavía en el horizonte.

Entonces me desesperé y maldije de mi suerte y de la idea que había tenido de embarcarme una vez más. No sabía qué hacerme; pues aquella isla parecía desierta. Al verme en tal soledad y abandono, me entregué a las más tristes reflexiones, cuando en esto sentí un

extraño rumor que iba acercándose al lugar en que yo estaba. Volví la cabeza, y vi no lejos de mí un hombre que venía por la orilla del mar caminando por dentro del agua, que aunque por allí tenía por lo menos tres o cuatro brazas, le llegaba a él poco más arriba de los tobillos.

Debía de tener, pues, un tamaño gigantesco; pues allí donde el agua sólo le mojaba los pies, habría tenido cualquiera que nadar para poder sostenerse. Era un gigante tremendo: mayor que los mayores que figuran en los cuentos de hadas.

Sentí apoderarse de mí el más profundo terror. Los dientes me castañeteaban, y había perdido hasta la facultad de moverme; pero de pronto recobré el ánimo y eché a correr desesperadamente hacia una pequeña altura, en la cual me guarecí. Desde allí se divisaban grandes llanuras, cubiertas de una hierba tan crecida como nuestras casas más altas. Decididamente no estaba en Liliput.

Eché a andar por un camino anchísimo y prolongado que atravesaba una llanura cubierta de mieses. Levantábanse éstas hasta cincuenta pies más arriba que mi cabeza. Hallábame como un ratón en un bosque de encinas.

Después de buen rato de caminar, descubrí ante mis ojos una como escalinata de cuatro enormes gradas, de seis pies de altura cada una, en lo alto de la cual había una piedra grandísima, tamaña como una colina. Com-

Cuentos de Calleja

prendí que me era imposible subir por una tal escalera, y estaba pensando en lo que haría cuando, sintiendo un ruido extraño a mis espaldas, me volví a ver lo que era y, ¡qué horror!, vi un gigante parecido en un todo al de la playa.

Eché a correr y me escondí en los trigos. Desde allí pude ver al gigante que subía por la escalinata, y llegado arriba de ella, dió una voz semejante a un trueno, llamando a alguien que debía de estar por allí cerca. Momentos después llegaron adonde él estaba siete gigantes más, con sendas hoces en la mano. Erangañanes de campo, pues comenzaron poco después a segar las mieses.

Como yo estaba escondido en ellas, no sabía qué hacerme, y corría de acá para allá, huyendo de las hoces, que, como se comprenderá, eran enormes, como proporcionadas a los gigantes que las manejaban.

Movíame al principio fácilmente entre las mieses, pues había, entre espiga y espiga; muy sobrado espacio para darme paso; pero hubo un momento en que me tuve por perdido, porque llegué a un lugar en que yacían en tierra derribadas por el viento y la lluvia, y se oponían completamente a mi marcha. Las espigas caídas me atravesaban la ropa y me herían como espadas, y a mi espalda silbaban las hoces como serpientes.

Ojalas yo hacer ¡zis, zas!, y sentía también las pisadas de los gigantes, cada vez más cercanas a mí. De



EL GIGANTE ME DESCUBRIO

pronto vi tan próximo el pie de uno de ellos, que me lloré por muerto, comprendiendo que iba a aplastarme, como la pezuña de un buey aplasta a una rana.

Echéme de bruces al suelo y lancé un grito de terror. Algo debió de oír el gigante, porque se detuvo y se puso a buscar en torno suyo, hasta que logró descubrirme. Agarróme delicadamente, con sus dedos enormes, por la mitad del cuerpo, y me levantó hasta la altura de su rostro para examinarme mejor. Sentí que me desvanecía al encontrarme sobre el suelo a tan inmensa altura, no menor para mí que la de una altísima torre.

Imposible me sería dar idea de mi terror en tales momentos, no porque el gigante me hiciera daño, sino por el miedo que sentía de que me dejara caer por descuido.

Pronuncié algunas palabras, y hasta creo que lloré un poco: después junté las manos y pedí a Dios misericordia en fervorosa oración. El gigante debió de sorprenderse al oír hablar a tan minúscula criatura como tenía yo que parecerle. Creyó, sin duda, que me lastimaba, porque sentí que aflojaba los dedos. Después echó a correr para enseñarme a su amo.

Éste me miró largo rato con asombro; me tomó delicadamente en la palma de la mano y me estuvo examinando un buen rato de pies a cabeza; después me puso en el suelo y llamó a todos sus gañanes para que me vieran; por último, así que me hubieron todos cu-

Cuentos de Calleja

rioseado a su sabor, pasándome de mano en mano, volvieron a su faena.

Entonces el labrador sacó su pañuelo, me colocó en él cuidadosamente, juntó las cuatro puntas, y me llevó a su mujer, que estaba dentro de la casa entregada a los quehaceres domésticos.

Ella se asustó al verme, como si yo fuera una rana o una araña. El labrador no me soltó por eso, y siguió tratándome con todo género de cuidados y de miramientos para no lastimarme. Al sentarse a comer, me puso sobre la mesa al lado de su plato. La mujer, habiéndome perdido el miedo, se mostró más amable conmigo, y me dió un pedazo minúsculo de carne y unas migajas de pan, mirando curiosamente cómo me las comía. Me dió también a beber de una especie de sidra en un vasito, que para ellos debía de ser pequeñísimo, pero en que cabría la ración de agua de un par de caballos de los más grandes. Yo bebí, demostrando en mi ademán que lo hacía a la salud de la labradora, dando que reír a todos. Sus estrepitosas carcajadas me hicieron el efecto de un huracán acompañado de un temblor de tierra.

Hacia el fin de la comida me puse a dar paseos por la mesa, y uno de los chiquillos del labrador me echó mano, sin pedir permiso a su padre, y me hizo bastante daño, apretándome entre sus dedos; pero su padre le riñó agriamente. A poco sentí detrás de mí un ruido extraordinario y pavoroso. Era el ronquido de un gato

enorme que se había acurrucado en la falda del ama de la casa.

Yo sólo podía verle la cabeza, y por su tamaño calculé que el gato debía de ser tan grande como un buey de los nuestros. Sorprendiéndome, sin embargo, que el gato pareciera tenerme miedo, y me alegré muchísimo de ello; pues de otro modo habría sido para mí mucho más peligroso que un tigre o una pantera.

Acabada la comida, entró la nodriza con un chiquitín de un año en los brazos. Éste, al verme, me agarró y me llevó a su boca, introduciéndome en ella toda la cabeza. Lancé tal grito de espanto, que el chiquillo me soltó de la mano, y me hubiera estrellado en la mesa, a no ser por la casualidad de ir a caer en la falda del ama de la casa.

Después de la comida salió el amo al campo a ver a sus gañanes, y pude comprender por su voz y por sus ademanes que encargaba a su mujer que tuviera gran cuidado conmigo.

Estaba yo cansadísimo y muerto de sueño. Advirtiéndolo el ama, y me llevó a su cama, donde me colocó, cubriéndome con un pañuelo blanco de bolsillo, tan grande como la vela mayor de un navío de guerra y no menos grueso y áspero que ella.

Pasé dos horas durmiendo. Soñé que estaba en casa con mi mujer y mis hijos. Al despertarme me hallé solo en una habitación de doscientos o trescientos pies de largo y de más de doscientos de altura de techo, echado

Cuentos de Calleja

en una cama enorme. El ama había salido, y temiendo que cayera en manos de los muchachos, me había encerrado bajo llave y cerrojo.

De pronto experimenté una sorpresa desagradable. Dos ratas se subieron a la cama trepando por las cortinas y se pusieron a dar carreras por ella. Una se me acercó, infundiéndome tal espanto, que me puse de pie y saqué la espada para defenderme. Aquellos horribles animales tuvieron la insolencia de atacarme a la vez por dos lados; pero le di una buena estocada a una de las ratas y la otra huyó.

Después de esta hazaña volví a acostarme, para descansar y recobrar el ánimo. Aquellas ratas eran grandísimas y muy ágiles y feroces; de modo que si se me hubiera ocurrido, para dormir más descansadamente, quitarme el cinturón con la espada que llevaba suspendida en él por el tahalí, me hubieran seguramente devorado.

Poco después entró el ama en la habitación, y al verme cubierto de sangre, corrió a mí y me tomó en la mano. Le enseñé con un ademán la rata muerta, y le hice entender por señas, y sonriéndome, que no estaba herido, de lo cual pareció alegrarse mucho.

Tenía el labrador una hija de unos nueve años, muy crecida para su edad, a la cual me entregó desde el primer día para que me cuidara. Ocurriósele a ella arreglar para mí la cuna de su muñeca. Púsola en una cajita, que colgó del techo para ponerla fuera del alcance de las ra-

Gulliver en Brobdiñac

tas. Esa fué mi cama durante todo el tiempo que estuve en casa del labrador.

La niña tomó también a su cargo mi ropa. Me hizo seis camisas de la tela más fina que pudo encontrar, y que, sin embargo, venía a ser como la de nuestras velas de barco. Ella misma me las lavaba y me las planchaba.

También se encargó de enseñarme la lengua del país, lo que hizo del mejor modo que pudo. Cuando yo le indicaba algo por señas, me decía al momento su nombre, y así pude en poco tiempo hacerme entender y pedir todo lo que necesitaba.

Me puso por nombre Gildrid, que en su lengua significa *maniquí*, y yo la llamaba a ella Glumdálclich, que quiere decir *madrecita* en la misma lengua.



DIVULGÓSE rápidamente por todo el país, hasta sus más lejanos confines, la noticia de mi hallazgo, y muchísima gente acudía a verme, incitada por la curiosidad.

Una noche, cierto viejo avaro, amigo del amo de la casa, vino a verme, y después de examinarme minuciosamente, dijo al labrador:

— ¿Por qué no exponéis a este muñequito en las plazas los días de mercado? Os respondo de que ganaríais muchísimo dinero enseñándolo, aunque fuera a muy bajo precio.

La idea de servir de espectáculo no me hacía ninguna gracia, pero era inútil que protestase. El primer día de mercado montó el amo a caballo, llevando a su hija Glumdálclich a la grupa. Ésta me llevaba en la falda, en una cajita enguatada por dentro como un estuche de joyas. Allí iba yo sentado tranquilamente, llorando mi triste destino.

Llegados al pueblo, paramos en la posada, en una habitación que tomó el amo. Después salió él por la ciudad tocando una campana y anunciando a voces la

Gulliver en Brobdiñac

llegada de la «Maravilla de las maravillas, criatura pequeñísima, en un todo semejante al hombre, hasta en el uso de la palabra, y capaz de ejecutar a voluntad de los espectadores más de cien suertes de las más curiosas y divertidas del mundo».

Por el tal anuncio comprendí que había ascendido a la categoría de macaco o de foca, como las que se exhiben en los circos. La gente acudía en muchedumbres a verme, haciendo cola a la puerta de la barraca en que yo estaba expuesto, porque sólo cabían en ella unas treinta personas a la vez. El día entero estaban llegando espectadores, de modo que a la noche caía yo rendido de cansancio; pero ni siquiera entonces me dejaban tranquilo; pues muchos iban a verme a la posada, cuando ya nos habíamos retirado a descansar.

A pesar de mi repugnancia a servir de espectáculo a los ociosos, tenía yo que hacer infinitas monadas y habilidades; tenía también que contestar a las preguntas que me hacían y hasta echar discursos a gritos para que me oyeran.

Era todo eso demasiado trajín para mí, y mi salud no pudo menos de resentirse. El labrador, sin embargo, estimulado por las grandes ganancias que le había yo producido, pensaba ampliar el negocio y explotarme en grande, haciendo una prolongada excursión por el país. Hasta pensaba llevarme a la capital, adonde habían llegado noticias acerca de mí y había inmensa muchedumbre ansiosa de contemplarme.

Cuentos de Calleja

Nos pusimos de nuevo en camino. Glumdálclich me llevaba, como siempre, en mi estuche enguatado, en el cual me había arreglado una cama para que pudiera descansar más cómodamente. Este viaje me hizo muchísimo daño. El traqueteo del camino, las exposiciones en los lugares del tránsito, y por último en la capital, me agotaron las fuerzas y me enflaquecieron hasta dejarme en los huesos. Advirtiéndolo el amo, y como hombre avariento que era, pensó en venderme antes de que acabara de morirme. Sucedió esto en el momento en que la reina, que sólo de oídas me conocía, y que tenía gran curiosidad por verme, ordenaba a mi conductor que me llevase al palacio y celebrara allí una exposición particular ante la corte. Fué un día de gran fiesta, en que las salas del palacio se llenaron de gente de lo más distinguido del reino.

Cuando me vió y me oyó Su Majestad, quedó tan encantada de mis maneras y de mis razones, que me propuso quedarme en su corte. Yo le contesté haciéndole una gran reverencia y manifestándole que tendría grandísimo placer en quedarme a su lado y en consagrarme a su servicio.

Propúsosele mi venta al labrador, y éste aseguró que perdería muchísimo dejándome (lo cual era verdad), y pidió cien piezas de oro por mi persona. La reina aceptó desde luego el trato, y logró además del labrador que dejara en la corte a su hija Glumdálclich para que me cuidara.



LA MARAVILLA DE LAS MARAVILLAS

El labrador se marchó loco de contento. En cuanto a mí, logré pronto reponerme con los cuidados de Glumdálclich. Estaba ella satisfechísima de quedarse en la corte y de que siguiera yo encomendado a ella. Al marcharse su padre me dijo éste que me dejaba muy bien colocado. Yo, por mi parte, muy ofendido de la explotación que había hecho de mi persona, y sin pararme a meditar sobre lo que yo hubiera hecho en mi país si me encontrara con un hombrecillo del tamaño de un ratón, me limité a despedirlo con la mayor frialdad.

La reina, que presencié la despedida, me preguntó la causa de mi poca amabilidad con mi antiguo amo. Yo le contesté que si bien me había salvado la vida, había quedado pagado con creces con las ganancias que había obtenido enseñándome por las ferias. Le manifesté mi satisfacción por haber trocado esa vida aperreada por la protección de tan amable soberana como ella. Le añadí que mi amo no se habría desprendido de mí por tan bajo precio, si no fuera por el mal estado de mi salud, ocasionado por la agitada existencia que me había hecho llevar durante los meses últimos, por lo cual ni ella ni yo teníamos nada que agradecerle.

Sorprendióse la reina al ver que un animal tan pequeño discurriera tan razonablemente. Me tomó en la mano y me llevó al rey, su marido; pero Su Majestad, que era hombre de condición fría y reflexiva, y que estaba entregado en aquel momento a profundas meditaciones políticas, puso apenas atención en mí.

Cuentos de Calleja

La reina me colocó suavemente en la mesa de escritorio de su marido, y me ordenó que dijera yo mismo a Su Majestad quién era. Hícelo en pocas palabras, y Glumdálclich, que se había quedado a la puerta, no pudiendo sufrir el estar tan largo tiempo separada de mí, entró y contó a su majestad de qué manera había sido yo encontrado en el campo.

El rey, que al verme por primera vez se había imaginado que no era yo sino una máquina ingeniosamente fabricada, como un reloj o un autómeta, no ocultó su asombro al oírme hablar y al ver cuán razonablemente me expresaba y contestaba a todas sus preguntas. Decidió entonces someterme al examen de los hombres más notables del reino.

Hizo ir a la corte desde lejanos lugares a tres sabios célebres, a quienes encargó que me estudiaran a fondo. Esas tres eminencias se tomaron todo el tiempo que creyeron conveniente para examinarme. Diéronme cien vueltas, me sujetaron a todo género de ensayos y a largos interrogatorios, en que me hicieron las más extrañas preguntas. Por fin emitieron su informe sobre mí. En su opinión, era yo un animal carnívoro, ya de algunos años de vida, como lo demostraba la barba que se me descubría con el microscopio. No admitían que fuera yo un enano. porque mis proporciones no eran comparables con las del enano favorito de la reina, que tenía treinta pies de estatura, y era el hombre más pequeño de que hubiera nunca habido noticia en el reino.

Gulliver en Brobdiñac

Después de este discurso, que yo escuché atentamente, expliqué al rey que en mi país todos los hombres eran como yo, y los animales, los árboles y los objetos todos eran de tamaño proporcionado al de los hombres, los cuales se hallaban, por consiguiente, en perfectas condiciones de vida.

El rey despidió a los sabios; hizo llamar a la reina y a Glumdálclich, que se habían retirado durante la sesión, y les dijo que iba a dar órdenes para que se me concedieran especiales atenciones y cuidados.



MI vida cambió por completo: hasta entonces había sido amarga y llena de zozobras; desde aquel momento fué para mí agradabilísima.

Tanto el rey como la reina me rodearon de toda suerte de comodidades. Durante las comidas colocaba la reina sobre la mesa a su lado mi sillita y mi mesita. Además hizo la reina que se me construyera una casita muy cómoda.

Era una verdadera obra maestra de ebanistería, toda ella de una sola pieza y semejante en todo a una casita de muñecos.

Amueblósela con una camita, unas sillitas, una mesita y un pequeño armario para mi ropa. Pasaba las noches muy bien abrigado, tranquilo y libre de preocupaciones y cuidados. Entre la vida que ahora llevaba y la que había llevado en casa del labrador había enorme diferencia.

Había, con todo, en la corte, alguien a quien nada agradaba mi presencia, y que no se recataba para demostrarme su malquerencia de cuantas maneras le sugerían sus instintos malévolos. Ese era el enano de la

reina. Estaba celoso de mí y ardía en deseos de venganza. Me miraba con enojo y se burlaba sin cesar de mi pequeñez. Yo, por mi parte, le llamaba *hermano* para hacerle rabiar.

Un día, cuando estábamos a la mesa, se puso de un salto en el respaldo de la silla de la reina, me agarró por mitad del cuerpo y me zambulló en una fuente de crema, después de lo cual saltó al suelo y se alejó corriendo. La crema estaba tan espesa, que apenas podía yo nadar en ella, y me hubiera ahogado si Glumdálclich no viniera en mi ayuda, sacándome de la fuente.

Hubo que llevarme a mi habitación, darme una buena jabonadura y mudarme de pies a cabeza, antes de que pudiera volver a la mesa, de lo cual se encargó la excelente Glumdálclich.

La reina lloraba y me acariciaba, y castigó al enano haciéndole tomarse toda la crema que había en la fuente. Por último, recelándose del enano por la mala voluntad que me tenía, lo expulsó de la corte.

Iba yo enterándome de la geografía del país. La capital de Brobdiñac se llamaba Lerbulgrund. El país era una gran península rodeada por una cadena de altísimas montañas, completamente infranqueables por los muchos volcanes que en ellas había. No había ningún puerto de mar en el país, estando éste, por lo tanto, por completo incomunicado con el resto del mundo. Esto me entristecía, porque me privaba de la esperanza de ver algún barco inglés que me sacara de allí; porque

Cuentos de Calleja

aquella vida entre gigantes no era natural y tenía a la larga que cansarme.

Aunque con la salida del enano de la corte me viera libre de muchos peligros, no dejé de pasar algunos. Me vi una vez en un trance que estuvo a punto de costarme la vida. Habíame dejado Gumdálclich solo por un momento en el jardín, mientras ella iba a buscar no sé qué en su habitación, sin tener en cuenta que andaba por allí el perro del jardinero. Éste se hallaba ocupado haciendo unos ramos de flores para la reina, cuando el perro, que me olfateó, se dirigió a mí, me tomó entre los dientes y me llevó a los pies de su amo, meneando alegremente la cola.

No me hizo daño, pero pasé un susto tan tremendo que perdí el sentido. Al verme el jardinero a sus pies, sin movimiento, se aterrorizó, sabiendo el aprecio en que me tenía la reina, y pálido y desencajado me tomó en la mano, me dió friegas con agua de Colonia y no me dejó hasta verme completamente repuesto.

Las moscas también me molestaban mucho: eran del tamaño de nuestras alondras y zumbaban alrededor mío con ruido atronador; se me ponían en el plato mientras comía, y a veces me daban mordiscos. Defendíame yo de ellas con el cuchillo, pero no conseguía ahuyentarlas sino con mucho trabajo.

Los mosquitos, aunque más pequeños que las moscas, eran mucho más temibles para mí por sus agujones. Hubo que defender mi cama de sus ataques con un



GLUMDALCLITCH ME SACA DE LA FUENTE DE CREMA

Gulliver en Brobdingnac

mosquitero que a los ojos de aquella gente parecía tupidísimo, pero que a los míos se asemejaba bastante a las redes que entre nosotros se usan para pescar atunes.

No puedo tampoco recordar sin verdadero terror las pulgas, cuyos saltos prodigiosos, ochocientos, mil y hasta mil quinientos pies, me dejaban atónito. Vi en una ocasión a Glumdálclich aplastar una entre las yemas de los dedos y me causó desagradabilísimo efecto.

Otra vez tuve que defenderme con la espada de un halcón que me acometió, y que me habría destrozado si no hubiera yo logrado refugiarme debajo de un árbol.

~~X~~



UN día entretuve un rato a la reina contándole mis viajes por mar. Como ella estaba siempre discutiendo diversiones para mí, me preguntó si me gustaría tener un barco para darme paseos por el agua. Le contesté que me agradería muchísimo, y entonces dispuso que se me construyese un precioso balandro, con su palo, velas y remos, y me lo regaló.

Me lo pusieron en una palangana; pero siendo pequeña para que pudiera el barco moverse desahogadamente, mandó la reina al carpintero que construyera un depósito de madera de considerables dimensiones, en el cual tomé por costumbre dar grandes paseos a remo y a vela, mientras la reina y toda la corte se divertían viendo mis maniobras. Muchas veces, cuando izaba la vela, la reina con su abanico movía una dulce brisa que impulsaba el balandro.

Pero había de tener cuidado con no mover el aire con demasiada fuerza, como sucedió un día, en que no estando la reina presente, soplaron tan violentamente sus damas con sus abanicos, que produjeron un furioso huracán, que a poco me hace zozobrar con mi balandro.

Otro día una dama de la corte, al colocarme en el barco, me dejó caer, y me hubiera dado un golpe terrible si no me hubiera agarrado a un gran alfiler que llevaba ella en la cintura. Glumdálclich llegó pronto en mi ayuda.

Otra vez un criado, que tenía por obligación mudar cada tres días el agua del depósito, dejó por inadvertencia pasar a él una rana, la cual se mantuvo escondida hasta que vió mi barco a flote. Entonces, y cuando ya estaba yo a bordo, se encaramó en el barco y faltó poco para que lo hiciera zozobrar con su peso. Tuve que cargar todo el cuerpo sobre la banda contraria para evitar que volcase. Sólo a remazos logré que la rana, que pesaba tanto como yo o quizá algo más, abandonase el barco.

Pero esos peligros fueron nada al lado del que pasé un día en el mismo palacio, por culpa de un mono domesticado, que se había escapado de donde su dueño lo tenía.

Hallábame yo solo encerrado en mi casita de muñecas, en una de las salas del palacio, cuando sentí un estrépito espantoso. La sala estaba en la planta baja, y tenía la puerta cerrada con llave, pero las ventanas estaban todas abiertas a causa del calor.

Al oír aquel ruido abrí suavemente la puerta de mi casita para ver lo que era, ¡y cuál no sería mi sorpresa y mi espanto al ver un mono enorme que había entrado en la sala por una de las ventanas, y que daba saltos

Cuentos de Calleja

frenéticos por los muebles, destrozando todos los objetos menudos que hallaba a mano!

En cuanto descubrió mi escondrijo se precipitó de un salto sobre él, lo registró con la vista por dentro, y al verme, me agarró por los faldones, me tomó en brazos y se puso a mecarme como si fuera yo uno de sus hijuelos. Hice cuanto pude por zafarme; pero en vano, porque el mono me apretó con tanta fuerza entre sus brazos, que temí que me ahogase.

En aquel momento llegó Glumdálclich y atronó el palacio con sus gritos. Acudió mucha gente a la carrera y se pusieron a dar caza al mono; pero éste no se dejaba atrapar, y me tenía al mismo tiempo fuertemente apretado entre sus brazos.

Anduvo corriendo conmigo en brazos por los patios, galerías y jardines, hasta que, por último, se escapó por los tejados y llegó al más alto de todos, donde tomó asiento y se puso a comer nueces, avellanas y otras cosas que sacaba del buche, y de las cuales me ponía algunas en la boca, incomodándose si no me las comía. La gente que contemplaba esa escena desde abajo estaba muerta de risa.

Cuando, después de mil ensayos y tentativas, treparon algunos hasta los tejados por medio de escaleras de mano enormes, el mono me soltó en las tejas y huyó dando saltos prodigiosos.

Uno de los criados del palacio que había subido al tejado, me tomó en la mano, me guardó en su bolsillo

Gulliver en Brobdiñac

y me condujo, sano y salvo, hasta el suelo. Ese fué el trance más peligroso por que pasé durante todo el tiempo que estuve en Brobdiñac. Nunca me he visto más cerca de la muerte.

Estaba yo atragantado por los comistrajos que el mono me había embutido en el estómago, y molido por sus apretujones. Los tiernos cuidados de Glumdálclich y quince días de cama que tuve que guardar me sacaron adelante. El rey y todos los personajes de la corte se informaban diariamente de mi salud, y la reina me hizo varias visitas durante mi enfermedad.

El mono fué condenado a muerte, y se dictó una orden real prohibiendo tener ningún animal semejante en las inmediaciones del palacio.

La primera vez que vi al rey, después de mi restablecimiento, para darle las gracias por sus bondades, me preguntó acerca de mis sentimientos y reflexiones durante mi permanencia entre los brazos del mono. Quiso también saber a qué me sabían las cosas que me daba a comer, y si el aire fresco de los tejados me había abierto el apetito. También me preguntó qué habría yo hecho en mi país en trance semejante.

Contesté a Su Majestad que en Europa no había más monos que los que se llevaban allí de tierras lejanas, y que esos eran harto pequeños para infundir miedo a nadie. En cuanto a la impresión que me había causado aquel animal enorme (porque debo decir que no era menor que uno de nuestros elefantes), dije al rey que

Cuentos de Calleja

si la sorpresa me hubiera dado tiempo para desenvainar mi espada, era posible que le hubiera hecho tal herida en la mano, cuando la introdujo en mi habitación, que se la hubiera hecho retirar más que de prisa,

Pronuncié este discurso con un acento firme y con cierto tonillo orgulloso; pero mis palabras no hicieron en Su Majestad otro efecto que moverle a risa; tan pobre concepto tenía de mis cualidades guerreras.



DURANTE todo este tiempo no tuve ya otra diversión que la de navegar en mi balandro, pero me iba cansando de ella. Entonces se me ocurrió buscar otras distracciones.

Un día encargué a una de las camaristas de la reina que recogiese, para mí, los cabellos finos que se le caían a Su Majestad al peinarse. Cuando los tuve en cantidad suficiente, mandé al ebanista (el cual tenía orden de hacer todos los menudos trabajos que le encargase) que me construyese una sillería como la que tenía yo en mi habitación, pero en esqueleto, para poder vestirla a mi gusto, y cuando la tuvo acabada hice los asientos y respaldos con los cabellos de Su Majestad, pasándolos y repasándolos por los agujeritos que el ebanista había practicado previamente en la madera. Una vez terminado este trabajo, tuve el honor de regalar a Su Majestad la reina la sillería, la cual guardó ella, como curiosidad, en un juguetero.

El rey era muy aficionado a la música, y tenía con frecuencia conciertos en el palacio, a los cuales asistía yo encerrado en mi habitación, que se colocaba, al efec-

Cuentos de Calleja

to, sobre una consola. Pero era tan terriblemente atornador para mis oídos el ruido de los instrumentos, que se me hacía imposible distinguir los tonos. Discurrí hacer que me pusieran a muy gran distancia de la orquesta, y cerrar herméticamente las puertas y ventanas de mi casita, y así logré distinguir y apreciar un tanto los sonidos, los cuales no me resultaron desagradables.

En mi juventud había aprendido a tocar el clavicordio. Glumdálclich tenía uno en su habitación, y un día tuve la idea de divertir a Sus Majestades con una tocatá inglesa, interpretada con ese instrumento.

No me fué nada fácil, porque el clavicordio tenía sesenta pies de largo, y cada tecla uno de ancho; de modo que con mis dos brazos, completamente extendidos, no podía abarcar más que cinco teclas. Además, para producir un sonido tenía que hacerlo a golpes, dados con toda mi fuerza con el puño cerrado.

Véase el modo de tocar que se me ocurrió: preparé dos bastones muy largos y forré sus extremidades de piel de ratón; coloqué un banco arrimado al clavicordio y tan largo como el teclado; me encaramaba en él, y dando carreras violentísimas en esa especie de andamiaje, después de muchos ensayos, que duraron algunas semanas, logré tocar un aire inglés muy sencillo, que agradó mucho al rey y a la reina. Pero no recuerdo haber llevado en la vida ajetreo semejante al de aquel violentísimo ejercicio.

El rey se mostraba cada vez más benévolo conmigo, y muchas veces ordenaba que me llevasen a su presencia en mi casita. Una vez allí, me permitía salir de ella y sentarme en una de mis sillitas, que sacaba para el caso, y que puesta sobre una pila de libros, colocados en la mesa, me permitían estar al nivel de su cara y tener con él conferencias sobre diversos asuntos.

Traté algunas veces de hablarle de mi país, y de darle una idea de lo que es Europa; pero se impacientaba siempre y me decía que los habitantes de Europa eran no más que insectos, y que la mayor parte de mis compatriotas eran de los insectos más dañinos y perniciosos que la Naturaleza ha producido en la superficie terrestre.



Capítulo VI

IBA ya cansándome de Brobdiñac, donde llevaba ya dos años. Estaba triste; ansiaba volver al seno de mi familia, hablar con personas de mi tamaño y no estar expuesto, continuamente a morir del pisotón de un hombre o del zarpazo de un animal en aquella tierra de gigantes.

Mis deseos iban a realizarse de una manera bien extraordinaria. Un día, el rey y la reina acordaron hacer una excursión al Mediodía del país, y como yo sabía, por propia experiencia, pues había desembarcado en la isla por su costa meridional, y siguiendo el rumbo del Norte había sido llevado a la corte del rey, que de allí al mar no era muy grande la distancia, sentí avivarse en mí los anhelos de libertad. Hízose el viaje, y Sus Majestades me llevaron consigo, y también, como era consiguiente, a Glumdálclich para que me cuidara.

Poco después de nuestra llegada dije a Glumdálclich que no me sentía bien, que tenía calentura y que creía que me probaría bien respirar unas cuantas horas el aire del mar, que era para mí la vida. La reina, muy contrariada por mi enfermedad, dispuso que un lacayo



Volando
sin querer

me llevara en mi casita a la orilla del mar y me colocara en la playa. Ella tenía la intención de venir en persona poco después, con Glumdálchich, a recogerme.

El lacayo hizo lo que se le mandó. Puso la casita en la playa, y como le dije que iba a dormir un rato, cerró la puerta y las ventanas de la casita y se fué a pasear por las peñas inmediatas. Yo me dormí, soñando con mi tierra natal y con mi familia, cuando sentí una violenta sacudida, y me pareció que era llevado rapidísimamente por los aires.

Grité; corrí a la ventana a ver lo que pasaba, y no vi sino cielo y nubes, al mismo tiempo que oía un extraño ruido como de batir alas. Adiviné, por último, que un águila había arrebatado mi casita, sujetándola con el pico por el anillo que servía para colgarla, y que me transportaba por los espacios aéreos.

Me sentí verdaderamente aterrorizado. ¿Qué sería de mí si se le ocurría a aquel pajarraco, que yo creía águila, soltarme de sus garras? ¿Y qué suerte me esperaba, si, lo que parecía más probable, me llevaba a su nido?

Sin duda, la de servir de alimento a sus polluelos; porque, ¿qué defensa podía yo tener contra un ave de rapiña que, a juzgar por el tamaño de los hombres y animales de aquella tierra, sería tan grande, por lo menos, como un corpulentísimo buey de los nuestros?

Sentí después que el ave volaba más de prisa y de un modo irregular, pareciéndome como si estuviera lu-

Cuentos de Calleja

chando con otras aves; por último, me sentí caer con rapidez vertiginosa, y chocar con algo, y después me vi envuelto en la obscuridad más profunda. Todo eso duró mucho menos tiempo que el que empleo en contarlo.

Advertí, a poco, que mi casita estaba flotando en el agua, hallándome yo en su interior como en el camarote de un barco; pero, desgraciadamente, se le había abierto alguna vía de agua, porque había no poca dentro de ella, que iba subiendo rápidamente. Nada tenía de extraño, dada la gran altura de que había caído y el tremendo golpe que había sufrido al chocar con el agua. Pude, a duras penas, contener algo la entrada de agua, pero no achicar la que había ya entrado, porque habría necesitado abrir alguna de las ventanas para botar al mar la que fuera recogiendo, y no me atrevía a hacerlo, temiendo que el nivel del mar estuviera ya por encima de las ventanas y que la casa se anegara por completo.

Nada podía ver de lo que pasaba de la parte de afuera; pero me parecía oír el ruido de algo que rozaba con la casa, y como si se hicieran esfuerzos para abrirla. Entonces amarré un pañuelo al extremo de un bastón y lo saqué por la claraboya del techo, gritando al mismo tiempo tan recio como me fué posible. Poco a poco fué cambiando la naturaleza del ruido que venía sintiendo; me pareció que estaban pasando un cable por el anillo que llevaba la casa en la techumbre para suspenderla, y que la izaban por encima del agua.

Y, efectivamente, la casa estaba amarrada al costado de un barco. En respuesta a mis gritos de socorro, oí gran vocerío, que me produjo grandísimo contento. Poco después sentí que alguien andaba sobre el techo y que gritaba por la claraboya, preguntando, en lengua inglesa, si había alguien dentro.

— Sí — respondí —: está aquí encerrado un pobre inglés, condenado a una suerte terrible por la fortuna. ¡Sacadme, por Dios, de este encierro!

— ¡Tranquilizaos! — me contestó la misma voz que acababa de hablarme —; vuestra casa está amarrada al costado del barco, y el carpintero va al momento a abrir un boquete en el techo para sacaros de ella.

Contesté que no era necesario, bastando que cualquiera de los marineros izara la casa adentro del barco, la llevara al camarote del capitán y la pusiera sobre la mesa; pero me contestaron con estrepitosas carcajadas.

En efecto: no tenía yo en cuenta que estaba hablando con hombres como yo, y que mi casa flotante era demasiado grande para que cupiera en el barco.

Llegó el carpintero, y sin mucho trabajo abrió un boquete en el techo de la casa, aplicó una pequeña escala al costado del barco, y trepando por ella subí a bordo en estado extremadamente débil.

Rodeáronme los tripulantes y me hicieron infinidad de preguntas, a las cuales no me atreví a contestar, temiendo que me tomaran por loco.

Tenía los ojos tan acostumbrados a ver gigantes y

Cuentos de Calleja

cosas de tamaño monstruoso, que todos aquellos que me hablaban me parecían pigmeos.

Estuve unas cuantas horas durmiendo, pero continuamente turbado por los recuerdos de la tierra que acababa de dejar y de los peligros que en ella había pasado.

Cuando me desperté, ya por completo repuesto, eran las ocho de la noche. El capitán dispuso que se me alimentase de continuo, imaginándose que había pasado por un largo ayuno. Estuvo constantemente a mi lado, y parecía mirarme con gran curiosidad. Cuando estuvimos solos me rogó que le refiriera mis viajes y le explicara por qué me hallaba en medio del mar encerrado en aquella gran caja.

Me dijo que la víspera había visto muy de lejos mi caja con el antejo, y que la había tomado por una barca, dirigiéndose hacia ella con la idea de comprar alguna galleta a sus tripulantes, pues empezaba ya a escasearle. Al acercarse, había echado de ver que le habían engañado sus ojos, y que aquello que veía no era una embarcación; que para cerciorarse de lo que era había enviado una chalupa a reconocerlo, la cual había vuelto con la noticia sorprendente de que la que en un principio había creído barca era una casa flotante. Me añadió que, muy lejos de asombrarse de esa noticia, se había reído de ella, creyéndola una imbecilidad de los marineros, y que se había embarcado él mismo en la chalupa y dirigido hacia la que habían creído casa flo-

Gulliver en Brobdiñac

tante, llevando consigo un grueso cable para remolcarla, y que después de observar todo en redondo la caja, la había llevado a remolque hasta el costado del barco. Al ver asomar por la claraboya el bastón con el pañuelo en el extremo, había comprendido que había alguien dentro de la caja.

Le pregunté si habían visto desde el barco algunas aves prodigiosas volando por el aire, el día que habían descubierto la caja. Me respondió que hablando sobre el particular con los marineros, mientras yo dormía, uno de ellos le había dicho que había distinguido tres águilas que se dirigían hacia el Norte, pero que no había notado que fueran mayores que las comunes.

Durante toda esta conversación creí notar en el capitán, por su manera de expresarse, que me tenía por hombre fuera de su cabal juicio.

Después de este breve coloquio, me encargó que me acostara para reponerme del todo.

Por fin me decidí a darle explicaciones, y comencé por rogarle que oyera con paciencia la relación de mis aventuras. Se las conté fielmente, y para confirmar la verdad de mi narración le encargué que mandara traer mi armario, del cual tenía yo la llave. Lo abrí en su presencia y le enseñé todas las curiosidades que conservaba del país de donde acababa de salir de un modo tan prodigioso.

Había allí un paquete de agujas y alfileres de pie y medio de largo; una sortija de oro que la reina me ha-

Cuentos de Calleja

bía regalado, quitándosela del dedo meñique y poniéndomela de collar. Rogué al capitán que aceptara ese anillo como recompensa por haberme salvado la vida. Le llamé también la atención sobre los calzones que llevaba yo puestos, los cuales estaban hechos de la piel de un ratoncillo.

Los gritos que daba yo para hablar le movieron a preguntarme si el rey y la reina del país de los gigantes eran sordos. Le contesté que, tanto como le sonaban a él desaforados los gritos que daba yo al hablar, me parecían a mí imperceptibles las voces con que me hablaban él y sus marineros, porque llevaba dos años de no entenderme sino con gigantes, para hacerme oír, y muy imperfectamente, de los cuales, tenía que lanzar gritos estentóreos, como los que tiene que dar quien desde el suelo pretende hacerse oír de gente subida en una torre; así que por lo común sólo sostenía conversaciones colocado en la mano de aquel con quien hablaba y levantado hasta la altura de su rostro. Le añadí que de lo que al presente veía, no solamente me chocaba la manera de hablar, sino todo absolutamente, moviéndome a risa la pequeñez de multitud de objetos, como, por ejemplo, los platos, que me parecían monedas pequeñas; los calderos, que me hacían el efecto de medias cáscaras de nuez, y así todo lo demás. El capitán no se resistía ya a creerme, y me aconsejó que escribiera y publicara la relación de mis aventuras, que llamarían la atención general y pasarían a los siglos futuros.

Gulliver en Brobdiñac

Nuestro viaje acabó con toda felicidad. Nueve meses después de mi salida de Brobdiñac — el 3 de Junio de 1706 — dimos vista a las costas de Inglaterra, y desembarcamos y nos despedimos el mismo día, poniéndome yo en camino para reunirme con mi familia. Me creía transportado a Liliput, al ver la pequeñez de los edificios, de los árboles, de los animales y de los hombres. Ya llevaba tiempo en mi casa, y todavía seguía sujeto a tales alucinaciones. Muchos de los que hablaban conmigo me tomaban por loco, figurándose que los largos viajes me habían trastornado el juicio.

Poco a poco fui acostumbrándome al medio en que me hallaba, y viví felizmente entre personas de mi tamaño, que sentían, además, gran afecto por mí.



8192028



